

Poemas de Roberto Fernández Retamar

Poeta y ensayista cubano. Director de Casa de las Américas, La Habana.

¿Y Fernández?

A los otros Karamazov

Ahora entra aquí él, para mi propia sorpresa.
Yo fui su hijo preferido, y estoy seguro de que mis hermanos,
Que saben que fue así, no tomarán a mal que yo lo afirme.
De todas maneras, su preferencia fue por lo menos equitativa.
A Manolo, de niño, le dijo señalándome a mí
(Me parece ver la mesa de mármol del café Los Castellanos
Donde estábamos sentados, y las sillas de madera oscura,
Y el bar al fondo, con el gran espejo, y el botellerío
Como ahora solo encuentro de tiempo en tiempo en películas viejas):
“Tu hermano saca las mejores notas, pero el más inteligente eres tú”.
Después, tiempo después, le dijo, siempre señalándome a mí:
“Tu hermano escribe las poesías, pero tú eres el poeta”.
En ambos casos tenía razón, desde luego,
Pero qué manera tan rara de preferir.

No lo mató el hígado (había bebido tanto, pero fue su hermano
/Pedro quien enfermó del hígado),
Sino el pulmón, donde el cáncer le creció, dicen que por haber
/fumado sin reposo.
Y la verdad es que apenas puedo recordarlo sin un cigarro en los
/dedos que se le volvieron amarillentos,
Los largos dedos en la mano que ahora es la mano mía.
Incluso en el hospital, moribundo, rogaba que le encendieran un
/cigarro.

Sólo un momento. Sólo por un momento.
Y se lo encendíamos. Ya daba igual.

Su principal amante tenía nombre de heroína shakesperiana,
Aquel nombre que no se podía pronunciar en mi casa.
Pero ahí terminaba (según creo) el parentesco con el Bardo.
En cualquier caso, su verdadera mujer (no su esposa, ni desde luego
/su señora)

Fue mi madre. Cuando ella salió de la anestesia,
Después de la operación de la que moriría,

No era él, sino yo quien estaba a su lado.
Pero ella, apenas abrió los ojos, preguntó con la lengua pastosa: “¿Y
/Fernández?”

Ya no recuerdo qué le dije. Fui al teléfono más próximo y lo llamé.
Él, que había tenido valor para todo, no lo tuvo para separarse de ella
Ni para esperar a que se terminara aquella operación.
Estaba en la casa, solo, seguramente dando esos largos paseos de una
/punta a otra

Que yo me conozco bien, porque yo los doy; seguramente
Buscando con mano temblorosa algo de beber, registrando
A ver si daba con la pequeña pistola de cachas de nácar que mamá le
/escondió, y de todas maneras

Nunca la hubiera usado para eso.
Le dije que mamá había salido bien, que había preguntado por él,
/que viniera.
Llegó azorado, rápido y despacio. Todavía era mi padre, pero al
/mismo tiempo

Ya se había ido convirtiendo en mi hijo.

Mamá murió poco después, la valiente heroína.
Y él comenzó a morir como el personaje shakesperiano que sí fue.
Como un raro, un viejo, un conmovedor Romeo de provincia
(Pero también Romeo fue un provinciano).
Para aquel trueno, toda la vida perdió sentido. Su novia
De la casa de huéspedes ya no existía, aquella trigueñita
A la que asustaba caminando por el alero cuando el ciclón del 26;
La muchacha con la que pasó la luna de miel en un hotelito de
/Belascoaín,

Y ella tembló y lo besó y le dio hijos
Sin perder el pudor del primer día;
Con la que se les murió el mayor de ellos, ‘el niño’ para siempre,
Cuando la huelga de médicos del 34;
La que estudió con él las oposiciones, y cuyo cabello negrísimo se
/cubrió de canas,

Pero no el corazón, que se encendía contra las injusticias,
Contra Machado, contra Batista; la que saludó la Revolución
Con ojos encendidos y puros, y bajó a la tierra
Envuelta en la bandera cubana de su escuelita del Cerro, la escuelita
/pública de hembras
Pareja a la de varones en la que su hermano Alfonso era condiscípulo
/de Rubén Martínez Villena;
La que no fumaba ni bebía ni era glamorosa ni parecía una estrella
/de cine,

Porque era una estrella de verdad;
La que, mientras lavaba en el lavadero de piedra,

Hacía una enorme espuma, y poemas y canciones que improvisaba
Llenando a sus hijos de una rara mezcla de admiración y de orgullo,
/y también de vergüenza,

Porque las demás mamás que ellos conocían no eran así
(Ellos ignoraban aún que toda madre es como ninguna, que toda
/madre,

Según dijo Martí, debiera llamarse maravilla).

Y aquel trueno empezó a apagarse como una vela.

Se quedaba sentado en la sala de la casa que se había vuelto enorme.

Las jaulas de pájaros estaban vacías. Las matas del patio se fueron
/secando.

Los periódicos y las revistas se amontonaban. Los libros se quedaban
/sin leer.

A veces hablaba con nosotros, sus hijos,

Y nos contaba algo de sus modestas aventuras,

Como si no fuéramos sus hijos, sino esos amigotes suyos

Que ya no existían, y con quienes se reunía a beber, a conspirar, a
/recitar,

En cafés y bares que ya no existían tampoco.

En vísperas de su muerte, leí al fin *El Conde de Montecristo*, junto al mar,

Y pensaba que lo leía con los ojos de él,

En el comedor del sombrío colegio de curas

Donde consumió su infancia de huérfano, sin más alegría

Que leer libros como ese, que tanto me comentó.

Así quiso ser él fuera del cautiverio: justiciero (más que vengativo) y
/gallardo.

Con algunas riquezas (que no tuvo, porque fue honrado como un
/rayo de sol,

E incluso se hizo famoso porque renunció una vez a un cargo
/cuando supo que había que robar en él).

Con algunos amores (que sí tuvo, afortunadamente, aunque no
/siempre le resultarían bien al fin).

Rebelde, pintoresco y retórico como el conde, o quizá mejor

Como un mosquetero. No sé. Vivió la literatura, como vivió las ideas,
/las palabras,

Con una autenticidad que sobrecoge.

Y fue valiente, muy valiente, frente a policías y ladrones,

Frente a hipócritas y falsarios y asesinos.

Casi en las últimas horas, me pidió que le secase el sudor de la cara.

Tomé la toalla y lo hice, pero entonces vi

Que le estaba secando las lágrimas. Él no me dijo nada.

Tenía un dolor insoportable y se estaba muriendo. Pero el conde

Solo me pidió, gallardo mosquetero de ochenta o noventa libras,

Que por favor le secase el sudor de la cara.

Aniversario

Me levanto, aún a oscuras, para llevar a arreglar unas ruedas del auto,
/que sigue roto,
Y al regreso, cuando ya ha brotado el hermoso y cálido día,
Te asomas a la ventana que da al pasillo de afuera, y me sonríes con
/tus ojos achinados del amanecer.
Poco después, a punto de marcharme para ir a revisar unos papeles,
Te veo cargando cubos con nuestras hijas,
Porque hace varios días que no entra agua, y estamos sacando en
/cubos la poca que haya en la cisterna del edificio,
Y aunque tengo ya puesta la guayabera de las reuniones, y en una
/mano la maleta negra que no debo soltar,
Ayudo algo, con la otra mano, mientras llega el jeep colorado,
Que demora poco, y al cabo me arrastra de allí: tú me dices adiós
/con la mano.

Tú me decías adiós con la mano desde este mismo edificio,
Pero no desde este mismo apartamento:
Entonces, hace más de veinte años, no podíamos tener uno tan
/grande como este de los bajos.
El nuestro era pequeño, y desde aquel balcón que no daba a la calle,
Pero que yo vislumbraba allá al fondo, cuando cruzaba rápido, en
/las mañanitas frías, hacia las clases innumerables de introducción
/al universo,
Desde aquel balcón, allá al fondo, día tras día me decías adiós,
/metida en tu única bata de casa azul, que iba perdiendo su color
/como una melodía.

Pienso estas cosas, parloteando de otras en el jeep rojo que parece de
/juguete,
Porque hoy hace veintidós años que nos casamos,
Y quizá hasta lo hubiéramos olvidado de no haber llegado las niñas
/(digo, las muchachas) a la hora del desayuno,
Con sus lindos papeles pintados, uno con un 22 enorme y
/(no sé por qué) dos plumas despeluzadas de pavorreal,
Y sobre todo con la luz de sus sonrisas.

¿Y es esta la mejor manera de celebrar nuestros primeros veintidós
/años juntos?
Seguramente sí: y no solo porque quizá esta noche iremos al restorán
/Moscú,
Donde pediremos caviar negro y vodka, y recordaremos a Moscú y
/sus amigos, y también a Leningrado, a Bakú, a Ereván;

Sino sobre todo porque lo celebraremos con un día como todos los
/días de esta vida,
De esta vida ya más bien larga, en la que tantas cosas nos han pasado
/en común:
El esplendor de la historia y la muerte de nuestras madres,
Dos hijas y trabajos y libros y países,
El dolor de la separación y la ráfaga de la confianza, del regreso.
Uno está en el otro como el calor en la llama,
Y si no hemos podido hacernos mejores,
Si no he podido suavizarte no sé qué pena del alma,
Si no has podido arrancarme el temblor,
Es de veras porque no hemos podido.

Tú no eres la mujer más hermosa del planeta,
Esa cuyo rostro dura una o dos semanas en una revista de modas
Y luego se usa para envolver un aguacate o un par de zapatos que
/llevamos al consolidado;
Sino que eres como la Danae de Rembrandt que nos deslumbró una
/tarde inacabable en L'Ermitage, y sigue deslumbrándonos:
Una mujer ni bella ni fea, ni joven ni vieja, ni gorda ni flaca,
Una mujer como todas las mujeres y como ella sola,
A quien la certidumbre del amor da un dorado inextinguible,
Y hace que esa mano que se adelanta parecida a un ave
Esté volando todavía, y vuela siempre, en un aire que ahora respiras tú.
Eres eficaz y lúcida como el agua.
Aunque sabes muchas cosas de otros países, de otras lenguas, de
/otros enigmas,
Pertenece a nuestra tierra tan naturalmente como los arrecifes y las
/nubes.
Y siendo altiva como una princesa de verdad (es decir, de los cuentos),
Nunca lo parecías más que cuando, en los años de las grandes
/escaseces,
Hacías cola ante el restorán, de madrugada, para que las muchachas
/(entonces, las niñas) comieran mejor,
Y, serenamente, le disputabas el lugar al hampón y a la deslenguada.

Un día como todos los días de esta vida.
No pido nada mejor. No quiero nada mejor.
Hasta que llegue el día de la muerte.

1974

El otro

(1.º de enero de 1959)

Nosotros, los sobrevivientes,
¿A quiénes debemos la sobrevida?
¿Quién se murió por mí en la ergástula,
Quién recibió la bala mía,
La para mí, en su corazón?
¿Sobre qué muerto estoy yo vivo,
Sus huesos quedando en los míos,
Los ojos que le arrancaron, viendo
Por la mirada de mi cara,
Y la mano que no es su mano,
Que no es ya tampoco la mía,
Escribiendo palabras rotas
Donde él no está, en la sobrevida?

Epitafio de un invasor

Agradecido a Edgar Lee Masters

Tu bisabuelo cabalgó por Texas,
Violó mexicanas trigueñas y robó caballos
Hasta que se casó con Mary Stonehill y fundó un hogar
De muebles de roble y God Bless our Home.
Tu abuelo desembarcó en Santiago de Cuba,
Vio hundirse la Escuadra española, y llevó al hogar
El vaho del ron y una oscura nostalgia de mulatas.
Tu padre, hombre de paz,
Solo pagó el sueldo de doce muchachos en Guatemala.
Fiel a los tuyos,
Te dispusiste a invadir Cuba, en el otoño de 1962.

Hoy sirves de abono a las ceibas.

Felices los normales

A Antonia Eiriz

Felices los normales, esos seres extraños.
Los que no tuvieron una madre loca, un padre borracho, un hijo delincuente,
Una casa en ninguna parte, una enfermedad desconocida,
Los que no han sido calcinados por un amor devorante,
Los que vivieron los diecisiete rostros de la sonrisa y un poco más,
Los llenos de zapatos, los arcángeles con sombreros,
Los satisfechos, los gordos, los lindos,
Los ríntintín y sus secuaces, los que cómo no, por aquí,
Los que ganan, los que son queridos hasta la empuñadura,
Los flautistas acompañados por ratones,
Los vendedores y sus compradores,
Los caballeros ligeramente sobrehumanos,
Los hombres vestidos de truenos y las mujeres de relámpagos,
Los delicados, los sensatos, los finos,
Los amables, los dulces, los comestibles y los bebestibles.
Felices las aves, el estiércol, las piedras.

Pero que den paso a los que hacen los mundos y los sueños,
Las ilusiones, las sinfonías, las palabras que nos desbaratan
Y nos construyen, los más locos que sus madres, los más borrachos
Que sus padres y más delincuentes que sus hijos
Y más devorados por amores calcinantes.
Que les dejen su sitio en el infierno, y basta.

Niñerío

Con el recuerdo de Gabriela Mistral

Raquel llegó hace dos semanas a la casa.
En realidad no llegó, sino que la trajeron.
Vino en los brazos de la abuela, que no podía más de dicha.
Moraima, alta, era también dichosa: después de todo es la madre.
Raquel tiene pocos días: aún no fija la mirada.
Sus cejas están dibujadas como con un pincel muy fino, y la boquita
/que será sensual.

Así debe de haber sido su abuela recién nacida, antes de ser
Aquella inolvidable niña de doce años que bajaba de la calzada,
Caminando bajo la lluvia, como si fuera dando pequeños saltos,
Y cuando me dijeron que alguien caminaba así, afuera,
El corazón me dio un vuelco (el corazón de doce años),
Y no tenía necesidad de mirar, porque sabía que era ella, solo podía
/ser ella.

¿O salió al padre, que fue un héroe en la montaña, y aprendió luego
/cosas de números y letras

Y ahora dirige algo, ¿es un héroe de la paz?

Ismaelito ya es mayor, ya va al círculo.
Se parece a Rapi como una gota de ámbar a otra
(Las cuales, vistas muy de cerca, son al mismo tiempo iguales y
/distintas),

Y tiene en los rasgos la suavidad de paloma de Roxana.
Pero él no es suave: cava la tierra del jardín con furor, espadea el aire
/como un pirata, aprieta los dientes, corre
Por toda la larga casa, y apenas Bella logra dormirlo después de
/mucho.

Rosa está al dar a luz: no sabemos si traerá hembra o varón,
Así que todo es posible: ahora es mejor llamarle criatura,
Y soñarle la vida que queramos: será aviador o química o médico o
/antropóloga o poeta.

Le diremos, dentro de muchos años, que conocimos jovencitos a sus
/padres,

Y le diremos cómo eran cuando esperaban a esa criatura
Que para entonces tendrá barba o melena y escuchará con curiosidad
Cómo eran sus padres, cómo era el mundo antes de que él o ella
/existiera.

Pero todos deben crecer, deben llegar a ser grandes,
Y amar a su vez, y tener hijos e hijas
Que puedan llevar como bultitos de cejas dibujadas
A las casas de los amigos para compartir con ellos
La felicidad de la vida que vuelve a empezar
En un ciclo misterioso y maravilloso
Que empezó hace millones de años
Cuando en el espacio infinito éramos hidrógeno (y en hidrógeno nos
/hemos de convertir, dice con razón Ernesto).

Al entrar a un avión, si veo que hay una cunita
Y en ella una criatura que va a ir de un país a otro,
O que incluso va a atravesar el océano
Bajo la noche llena de estrellas, y que el bamboleo que sentirá
No ha de ser el de la cuna en tierra ni el de los brazos de la madre,
Sino el de un avión en cuyo seno materno va a viajar,
Pienso que ese avión, ese en particular, no puede caerse:
Hay allí una vida recién comenzada
Que debe abrirse en flor.

Las niñas y los niños siguen naciendo en este planeta que gira como
/una inmensa nave.
Cuando los miro, mi primer pensamiento es siempre el mismo:
Que crezcan, que tengan por mucho tiempo madre y padre,
Que haya para ellos casas, círculos, escuelas, parques, talleres,
/bibliotecas.

Todo ha costado tanto, todo viene desde tan lejos.
En todas partes deben crecer. No es posible que la nave se caiga,
¿No?

Usted tenía razón, Tallet: somos hombres de transición

Entre los blancos a quienes, cuando son casi polares, se les ve circular
/la sangre por los ojos, debajo del pelo pajizo,
Y los negros nocturnos, azules a veces, escogidos y purificados
/a través de pruebas horribles, de modo que sólo los mejores
/sobrevivieron y son la única raza realmente superior del planeta;
Entre los que sobresaltaba la bomba que primero había hecho
/parpadear a la lámpara y remataba en un joven colgando
/del poste de la esquina,
Y los que aprenden a vivir con el canto marchando vamos hacia
/un ideal, y deletrean Camilo (quizá más joven que nosotros) como
/nosotros Ignacio Agramonte (tan viejo ya como los egipcios cuando
/fuimos a las primeras aulas);
Entre los que tuvieron que esperar, sudándoles las manos, por un
/trabajo, por cualquier trabajo,
Y los que pueden escoger y rechazar trabajos sin humillarse, sin
/mentir, sin callar, y hay trabajos que nadie quiere hacerlos ya por
/dinero, y tienen que ir (tenemos que ir) los trabajadores voluntarios
/para que el país siga viviendo;
Entre las salpicadas flojeras, las negaciones de San Pedro, de casi
/todos los días en casi todas las calles,
Y el heroísmo de quienes han esparcido sus nombres por escuelas,
/granjas, comités de defensa, fábricas, etcétera;
Entre una clase a la que no pertenecemos, porque no podíamos ir a
/sus colegios ni llegamos a creer en sus dioses,
Ni mandamos en sus oficinas ni vivimos en sus casas ni bailamos en
/sus salones ni nos bañamos en sus playas ni hicimos juntos el amor
/ni nos saludamos,
Y otra clase en la cual pedimos un lugar, pero no tenemos del todo
/sus memorias ni tenemos del todo las mismas humillaciones,
Y que señala con sus manos encallecidas, hinchadas, para siempre
/deformes,
A nuestras manos que alisó el papel o trastearon los números;
Entre el atormentado descubrimiento del placer,
La gloria eléctrica de los cuerpos y la pena, el temor de hacerlo mal,
/de ir a hacerlo mal,
Y la plenitud de la belleza y la gracia, la posesión hermosa de una
/mujer por un hombre, de un muchacho por una muchacha,
Escogidos uno a la otra como frutas, como verdades en la luz;
Entre el insomnio masticado por el reloj de la pared,
La mano que no puede firmar el acta de examen o llevarse la maldita
/cuchara de sopa a la boca,

El miedo al miedo, las lágrimas de la rabia sorda e impotente,
Y el júbilo del que recibe en el cuerpo la fatiga trabajadora del día y
/el reposo justiciero de la noche,
Del que levanta sin pensarlo herramientas y armas, y también un
/cuerpo querido que tiembla de ilusión;
Entre creer un montón de cosas de la tierra, del cielo y del infierno,
Y no creer absolutamente nada, ni siquiera que el incrédulo exista
/de veras;
Entre la certidumbre de que todo es una gran trampa, una broma
/descomunal, y qué demonios estamos haciendo aquí, y qué es aquí,
Y la esperanza de que las cosas pueden ser diferentes, deben ser
/diferentes, serán diferentes;
Entre lo que no queremos ser más, y hubiéramos preferido no ser, y
/lo que todavía queríamos ser,
Y lo que queremos, lo que esperamos llegar a ser un día, si tenemos
/tiempo y corazón y entrañas;
Entre algún guapo de barrio, Roenervio por ejemplo, que podía más
/que uno, qué coño,
Y José Martí, que exaltaba y avergonzaba, brillando como una
/estrella;
Entre el pasado en el que, evidentemente, no habíamos estado, y por
/eso era pasado,
Y el porvenir en el que tampoco íbamos a estar, y por eso era
/porvenir,
Aunque nosotros fuéramos el pasado y el porvenir, que sin nosotros
/no existirían.

Y, desde luego, no queremos (y bien sabemos que no recibiremos)
/piedad ni perdón ni conmiseración,
Quizá ni siquiera comprensión, de los hombres mejores que vendrán
/luego, que deben venir luego: la historia no es para eso,
Sino para vivirla cada quien del todo, sin resquicios si es posible
(Con amor sí, porque es probable que sea lo único verdadero).
Y los muertos estarán muertos, con sus ropas, sus libros, sus
/conversaciones, sus sueños, sus dolores, sus suspiros, sus grandezas,
/sus pequeñeces.
Y porque también nosotros hemos sido la historia, y también hemos
/construido alegría, hermosura y verdad, y hemos asistido a la luz y
/alguna vez a lo mejor hemos sido la luz, como hoy formamos
/parte del presente.
Y porque después de todo, compañeros, quién sabe
Si solo los muertos no son hombres de transición. ■■■

Poemas de Raúl Zurita

Poeta chileno, Premio Iberoamericano de Poesía Pablo Neruda, 2016.

VI

Chile está lejano y es mentira,
no es cierto que alguna vez nos hayamos prometido
son espejismos los campos
y solo cenizas quedan de los sitios públicos
pero aunque casi todo es mentira
sé que algún día Chile entero
se levantará sólo para verte
y aunque nada exista, mis ojos te verán...

De *Antiparaiso*

Te palpo, te toco, y las yemas de mis dedos,

habitadas a seguir siempre las tuyas, sienten
en la obscuridad que descendemos. Han cortado
todos los puentes y las cordilleras se hunden,
el Pacífico se hunde, y sus restos caen ante
nosotros como caen los restos de nuestro
corazón. Frente a la muerte alguien nos ha
hablado de la resurrección. ¿significa eso que
tus ojos vaciados verán? ¿Que mis yemas
continuarán palpando las tuyas? Mis dedos
tocan en la obscuridad tus dedos y descienden
como ahora han descendido las cumbres, el mar
como desciende nuestro amor muerto, nuestras
miradas muertas, como estas palabras muertas.
como un campo de margaritas que se doblan.
Te palpo, te toco, y mis manos buscan en la
oscuridad la piel de nieve con que quizás
reviviremos. Pero no, descendidas, de las
cumbres de los Andes solo quedan las huellas
de estas palabras, de estas páginas muertas, de
un campo largo y muerto de flores, donde las
cordilleras, como mortajas blancas, con
nosotros debajo y todavía abrazados, se hunde.

De *INRI*

El ascenso del Pacífico

Se encumbró entonces el océano
y nuestras pupilas miraban el portento
sin todavía creerlo
Escuchamos de nuevo las rompientes, las
infinidades de islas
subiendo igual que estrellas sobre el cielo
Allí está el Pacífico hombre, allí, encima,
de nuestras cabezas
y no lo crees y tus ojos lloran
y no puedes entenderlo y tus ojos lloran
todos los que amamos son el mar
Todo lo que amamos es el mar
América es un mar con otro nombre.

Inscripción 178

Te hablan ahora las rompientes de tu vida
Te cuentan de las falsas Ítacas,
del naufragio en costas remotas,
de tu cansancio doblándote hacia las olas.
Te dicen que más allá está el final
de la Tierra
que allí el mar se derrumba, que tu mar
amado se derrumba y que los barcos
nunca han vuelto
Te hablan en tu propia noche los temores
Que suenen entonces como algo que se
despierta estos poemas
como algo que está en ti, como algo que
cruce el mar y se despierta.

Los nuevos pueblos

Y era tu cara el borde de estos cielos,
el manto mío de las estrellas.
Al mirar hacia arriba no vi nada
sino tu permanencia, las pinturas
de tu rostro, la deriva de tus antepasados
inundando las altas nubes.
Esos son los ríos que se abren.
En otro tiempo fuimos encontrados
y ya vivimos en las primeras células,
en los abismos de los mares,
en las primitivas danzas que el asombro
le ofreció al fuego.
Por eso somos ríos que se abren,
brazos, cauces,
torrentes arrojados de un agua única
y primigenia
Nada se diferencia de lo que somos y nada
de lo que es está fuera de nosotros.
Tú resumes las viejas tribus, las cacerías,
los primeros valles sembrados,
y mi sed recoge en ti toda la saga de
este mundo. No son mitos,
el mito es la mentira:
que solo existimos una vez,
que cada uno es solo uno.
Todos viven en ti y tú vives.
Las olas del tiempo inmemorial
y las estrellas.
Oh sí, manto mío de mis estrellas;
la noche te habla antes de sucumbir
al día, las grandes batallas perdidas,
el pasto de los antiguos clanes
y de las tribus
remontando por nuestros cursos
el corazón
de los caminos del corazón
y tus tocadas praderas.

Áreas verdes

NO EL INMENSO YACER DE LA VACA
bajo las estrellas su cabeza pasta sobre el
campo su cola silba en el aire sus mugidos
no alcanzan a turbar la grandeza de su silencio.

¿Han visto extenderse esos pastos infinitos?

- I. ¿Han visto extenderse esos pastos infinitos
donde las vacas huyendo desaparecen
reunidas ingravidas delante de ellos?
- II. No hay domingos para la vaca:
mugiendo despierta en un espacio vacío,
babeante, gorda, sobre esos pastos imaginarios.

¿Las había visto pastando en el radiante?

- I. Algunas vacas se perdieron en la lógica
- II. Otras huyeron por un subespacio
donde solo existen biología.
- III. Esas otras finalmente vienen vagando
desde hace como un millón de años
pero no podrán ser nunca vistas por sus vaqueros
pues viven en las geometrías no euclidianas.

Comprended las fúnebres manchas de la vaca.

Los vaqueros
lloran frente a esos nichos.

- I. Esta vaca es una insoluble paradoja
pernocta bajo las estrellas
pero se alimenta de logos
y sus manchas finitas son símbolos.
- II. Esta otra en cambio odia los colores:
se fue a pastar a un tiempo
donde el único color que existe es el negro.

Ahora los vaqueros no saben qué hacer con esa vaca
pues sus manchas no son otra cosa
que la misma sombra de sus perseguidores.

Vemos el increíble acoso de la vaca
la muerte
no turba su mirada.

- I. Sus manchas finalmente
van a perderse en otros mundos.
- II. Esa vaca muge pero morirá y su mugido será
“Eli Eli / lamma sabacthani” para que el
vaquero le dé un lanzazo en el costado y esa
lanza llegue al más allá.
- III. ¿Sabía Ud. que las manchas de esas vacas quedarán
vacías y que los vaqueros estarán entonces en el otro
mundo, videntes, laceando en esos hoyos malditos?

¿Sabía Ud. algo de las verdes áreas regidas?

¿Sabía Ud. algo de las verdes áreas regidas por los vaqueros y las
blancas áreas no regidas que las vacas huyendo dejan compactas
cerradas detrás de ellas?

- I. Esa área verde regida se intersecta con la primera área blanca
no regida.
- II. Ese cruce de áreas verdes y blancas se intersecta con la segunda
área blanca no regida.
- III. Las áreas verdes regidas y las blancas áreas no regidas se siguen
intersectando hasta acabarse las áreas blancas no regidas.

¿Sabía Ud. que ya sin áreas que se intersecten comienzan a cruzarse
todos los símbolos entre sí y que es Ud. ahora el área blanca que las
vacas huyendo dejan a merced del área del más allá de Ud. verde
regida por los mismos vaqueros locos?

¿Quién daría algo por esas auras manchadas?

¿Quién daría algo por esas auras manchadas que las vacas mugiendo
dejan libres en los blancos espacios no regidos de la muerte de sus
perseguidores?

- I. La fuga de esas vacas en en la muerte no regida del vaquero. Por eso no mugen y son simbólicas.
- II. Iluminadas en la muerte de sus perseguidores agrupando símbolos.
- III. Retornando de esos blancos espacios no regidos a través de los blancos espacios de la muerte de Ud., que está loco al revés delante de ellas.

¿Daría Ud. algo por esas azules auras que las vacas mugiendo dejan libres, cerradas, y donde Ud. está en su propio más allá, muerto, imaginario, regresando de esas persecuciones?

Epílogo

Hoy laceamos este animal imaginario que correteaba por el color blanco.

Las espejeantes playas

- I. Las playas de Chile no fueron más que un apodo para las innostradas playas de Chile.
- II. Chile entero no fue más que un apodo frente a las costas que entonces se llamaron playas innostradas de Chile.
- III. Bautizados hasta los sin nombres se hicieron allí un santoral sobre estas playas que recién entonces pudieron ser las innostradas costas de la patria. ■■■

